

Braulio Arenas

Adiós a la familia

SEGUNDA PARTE



L lirio tiene la conciencia tranquila. Nadie debe extrañarse que Leopoldo juegue al billar con sus compañeros.

Es el mismo océano, el mismo sueño, idéntico su ademán fanfarrón.

Olga le ha prestado un servicio con su muerte, así como Antonieta con la suya, Leonor con el viaje y Eliana con el casamiento.

El muchacho explica esas cosas a su asombrado auditorio.

—Muy buenas «personas», dice agitando el remo. Eran muy buenas personas.

Prolonga la frase hasta la exageración. Saborea los recuerdos. Ahora ha vuelto a recuperar sus costumbres.

Bebe cerveza. Tiene mala cara. Unas sombras le cubren el rostro. Sus compañeros le reconocen.

Leopoldo está de pie en la costa, al borde del mar, al borde del billar, dispuesto al viaje.

Se marchará sin que puedan detenerle.

—Se irá, se morirá, piensan.

El lo sabe. Se sonríe. Agita el remo.

—Adiós, dice.

Los tatuajes convierten al marinero en un libro de estampas.

Al fondo, en el mesón del mar, iluminados por reflectores de teatro, bebían cerveza algunos marineros. Alineados estaban, juntos, y parecían libros de un estante.

El humo de los cigarrillos ascendía, como la burbuja de la respiración de un nadador sumergido, hacia la superficie.

El bullicio era ensordecedor. Las exclamaciones, gritos de bienvenida, petición de cerveza, cruzaban el recinto. Los cuerpos celestes, las bolas de marfil, entrechocaban sordamente. De pronto, un mundo mayor pasaba rumoroso por el firmamento, caía en una ciudad de altos edificios, devastándola: era el palitroque.

Leopoldo sentía la cabeza pesada por esa atmósfera de vicio. Se molestaba singularmente. Esa realidad le traía a la realidad.

El humo revelaba aún más la espada de los reflectores. Era una verdadera lluvia de espadas. Los marineros recibían este bautismo invisible. No lo comprendían. Veían la isla de la litografía y sabían que era una isla con nombre y todo. Sólo las palomas que volaban escapaban a su reconocimiento.

Leopoldo veía el vuelo de las mensajeras de la muerte. Veía la isla. Quería soñar, partir hacia el descanso eterno y, sin embargo, no se decidía a emprender el viaje.

Se sentía un niño muy infeliz. Sus ojos le escocían por el humo que hacía irrespirable el ambiente. Las lágrimas le brotaban sin que él las impidiese. Solamente, cuando llegaban a las mejillas se las limpiaba.

Sus compañeros observaban al niño, curiosamente y un tanto conmovidos.

Leopoldo, de pie frente al océano, con el remo en una mano, se secaba las lágrimas con la otra.

Era un niño. Los camaradas de juego se llenaron de infi-

nita compasión. Le rodearon, inquiriendo cariñosamente el motivo de su pesadumbre.

—Nada, no es nada, soy un tonto, se disculpaba Leopoldo. Dejadme en paz, pedía, sigamos el juego.

Los compañeros accedieron. Sin embargo, no se podía mantener la situación. Leopoldo soltó el remo y salió velozmente del establecimiento.

Afuera, el aire fresco le calmó y le compuso otra vez. Las lágrimas se secan a la intemperie. Su corazón disolvía la nieve.

Leopoldo desembarcaba. Como de costumbre y por costumbre, quiso ir a buscar el reposo donde Antonieta.

El recuerdo de su suicidio volvió a él, entonces, y la palidez se hizo dueña de su semblante.

Tenía mala cara. De nada sirvió, pues, el sacrificio de sus amigas. La muerte sabe esperar.

Lentamente, día a día, iba agregando nuevas perfecciones, ciertas genialidades, costosas innovaciones, a su proyecto de partir. Ya no tenía el menor asidero. Un muro liso y enorme proporcionaba su poético vértigo. Rodaba, se deslizaba por la muralla, siempre consciente de su caída, y se trataba, por consiguiente, sólo de saber el número de días que faltaban para su total derrumbe.

El aire frío de la noche, le despertó hasta la videncia. Sus ojos observaban la noche hasta saciarse de ella. La noche entreabría sus vestidos.

Y he aquí lo que sucedió:

Pasaba Leopoldo por una calle solitaria. Sus pasos, el eco de sus pasos, comprobaban la soledad. Iba rápido, exagerando y sobrepasando su marcha de un farol a otro, silbando como para convocar las estrellas a un mismo sitio, silbando un tango de moda para que no interpretaran de mala manera su convocatoria.

Las estrellas comprendieron su llamamiento. Se agruparon. La vía láctea se hizo visible.

Leopoldo estaba complacido de su experiencia. Tango para las estrellas, ranchera para la luna. Leopoldo silbó una ranchera. Quería el espectáculo completo.

Esta fué la visión: Leopoldo pasó frente a una ventana abierta e instintivamente miró al interior. Una mujer estaba allí. Una mujer que esperaba algo. Una mujer inventada por la luna. Su rostro, ceñido por las negras trenzas de su cabellera, recibía las mejores caricias de su inventora. El rostro contrastaba singularmente y parecía flotar, como una luna también, por la oscura habitación. Se podía decir que esa mujer inventaba la luna.

La ventana estaba protegida por rejas. Desde el fondo de la Colonia, desde el tiempo divino de los encomenderos, de las doncellas católicas, de los corsarios, de Inés de Suárez, venía esa mujer a esperar al joven.

Leopoldo pasó rápidamente, sin volver a mirar, silbando una ranchera.

Carmen no había llorado nunca. Lloró conmovida al escuchar la invitación de Leopoldo.

Este procedió maquinalmente. Tropezó una tarde con la muchacha y el recuerdo de sus otras amigas se le vino a la cabeza. Disimuló su emoción y se acercó a la chica con naturalidad.

—¡Hola, Carmen!, la dijo. Deseaba tanto encontrarme contigo.

Carmen creyó que su amigo bromeaba y se apresuró a parar el golpe.

—¿De qué se trata?, repuso.

Leopoldo sin perder su acostumbrado ritmo, explicó el asunto en pocas palabras.

—De lo siguiente. Quiero que tú seas mi profesora de música. Quiero que me la enseñes, que me domestiques.

La espontaneidad tiene su lógica. En efecto, eso deseaba

Leopoldo: recordar a sus perdidas amigas a través de la música.

Quería fascinarse con ella, en una fascinación que no tenía nada que ver con la música, porque ésta era su pretexto.

Recordó la música que fluía del laúd de Antonieta. Recién entonces pudo comprender la razón que le hacía esquivar a esta nodriza. Antonieta resumía en sí los oficios y los destinos de sus otras amigas. Esto impedía amarla por ella misma, entreverla de las demás, diferenciarla de las restantes.

Quería en su egoísmo defenderse de la soledad, amarrar a Carmen con el lazo que ella misma le proporcionaba.

La jovencita se hallaba perpleja. De sobra sabía el horror instintivo de Leopoldo hacia la música y—como él mismo lo declaraba—su preferencia por la letra de los tangos.

—¿Desde cuándo esas aficiones?, interrogó.

—Desde mucho tiempo, confesó el joven. Di, ¿te encuentras capaz de enseñármela? La educación comenzaría por los conciertos que escucharíamos juntos.

Juntos. Carmen entrevió un mundo de posibilidades. La pérdida de sus amigas fué para ella un golpe rápido e imprevisto. No consideraba, pues, el asunto sino desde la base de su comodidad.

Aceptó complacida.

Para sellar el compromiso, los niños pasearon juntos toda la tarde.

Leopoldo llevó a su compañera fuera de la ciudad, hacia un paraje hermosísimo, descubierto por él en sus correrías con Olga.

Carmen, que conocía la naturaleza sólo de oídas, gracias a las informaciones que le proporcionaban los músicos clásicos, agradeció vivamente a Leopoldo la amabilidad que tuvo para ponerla en contacto con ella.

El joven sonreía presuntuosamente.

—Ya sabía yo que te agradaría, dijo.

El sitio donde la llevó era una hondonada cubierta de árboles. El suelo tenía un suave color verde. El silencio se interrumpía sólo, de tanto en tanto, por el son alegre de un arroyuelo invisible para los niños. La tarde estaba cargada del perfume de la madre selva.

Carmen se había recostado indolentemente sobre el pasto. Tenía los ojos cerrados. Su nariz respiraba el penetrante aroma de la naturaleza. Su pecho se movía dulcemente, merced a su conmovido corazón.

Leopoldo mismo estaba silencioso. No se atrevía a interrumpir con su voz el sosiego de la tarde, la calma del ambiente, la paz de la joven.

Se tendió al lado de Carmen. Cerró los ojos, como ella, y soñó, dejando ir su sueño en libertad.

Consideró hasta qué punto anhelaba prolongar este encantamiento. La huída de la tarde, la llegada de la noche, sólo conseguiría romperlo. Pedía a Dios que la escena durase siempre.

Quería ver eternamente a Carmen a su lado. Leopoldo sabía muy bien que la muchacha era el testigo que le impediría realizar su crimen.

¡Dios quisiera que todo tuviera un fin bueno, Dios quisiera que la paz llegara a su corazón!

Leopoldo observaba ahora a su amiga. De sus ojos cerrados emanaban esos ensueños, así como era de todo su ser de donde fluía el encantamiento.

La miraba tendida junto a él. La jovencita soñaba. Era preciso, entonces, preservar sus sueños de todo contacto con la realidad, mantenerlos en la zona de la infancia, zona neutral en el combate de los amores.

Pero ya Carmen volvía a la vida, volvía sonriente, dispuesta a compartir los quebrantos de su amigo.

Leopoldo recuperaba su historia. Volvía a ver la vida en

toda su aplastante brutalidad. Volvía a recoger sus pequeñas miserias.

Se imponía, pues, prolongar el ensueño, artificialmente. Apretó entre las suyas las manos de Carmen. La joven le sonreía confiadamente. Su pelo se arremolinaba en su cabeza, batido por el viento de la tarde. Sus ojos resplandecían.

Leopoldo volvió a captar la pureza de los ensueños. Desde allí contemplaba a Carmen, esa arrulladora canción incorporada a su vida, y la veía sonreír. abrir los ojos azules, mirarle a su vez, amorosamente, comprendiéndole.

Leopoldo, entonces, se inclinó hacia ella y le besó lentamente la boca.

La joven seguía mirándole en silencio. Después de un instante, Carmen se incorporó y dijo con extraordinaria serenidad y naturalidad:

—¡Ah, he estado trascordada! Te agradezco de todas maneras, Leopoldo, este encantador paseo. Lo recordaré siempre. Pero vámonos ya. Se hace de noche y no quiero retrasarme.

Hecharon a caminar por una alameda iluminada por la luna. Era un viaje encantado. Los muchachos cambiaban algunas frases sólo de vez en vez. Leopoldo no pensaba en la muerte. Otros pensamientos la reemplazaban.

—Es un porvenir, se decía, pase lo que pase, es un porvenir.

Miraba a su compañera. Agregaba:

—¡Dios mío; haz que me salve! ¡Dios mío, haz que me salve!

Pero ya llegaban a la ciudad. Ya se escuchaba su rumor vario, el rumor de la guadaña que afila la muerte.

Leopoldo amaba a Carmen. Amaba por primera vez y por quinta vez a la muchacha. Antes la había buscado en Eliana, en Leonor, en Antonieta y en Olga. Pero esos eran simples titubeos antes de la definitiva elección, los collares que se muestran para que el comprador vea cual le conviene.

Carmen era la joya de su propiedad. El más apreciado de sus adornos. Carmen tenía azules los ojos y eso le complacía extraordinariamente. Carmen era melómana y él, sin amar la música, la seguía pacientemente a los conciertos.

Era su servidor. Atisbaba sus menores deseos. Carmen se dejaba querer.

La joven sonreía a Leopoldo y éste, en agradecimientos no se aburría oyendo música. Se aliviaba en ella. Se descargaba en ella de todas sus preocupaciones. La música le arrullaba, cambiaba por suave murmullo, por canción de cuna, la voz de la muerte ordenándole partir.

Leopoldo escuchaba, pues, consejos familiares, prudentes máximas en la música. El joven desistía de sus proyectos anteriores, hallaba alocadas sus empresas.

Se sometía a la felicidad presente. Carmen resplandecía. Fundaba una familia con su compañero de butaca, con Leopoldo, en fin, el niño que rescataba a la muerte.

Pero tanta dicha no debería durar hasta el futuro. Fué el mismo Leopoldo quien se encargó de demoler tan sólidos sueños. Y, sin embargo, a pesar de la aparente sinrazón de sus actos, fué el amor el que le obligó a proceder así.

Debo decirlo en una palabra. La muerte volvió a hacerse presente nuevamente, volvió a ocupar el sitio que le correspondía por tradición y por herencia.

Leopoldo la vió llegar, esta vez en alas de la música. La vió blandir su espada, con su eterna sonrisa, con sus constantes manos de esgrimista, en la penumbra de la sala de conciertos.

El joven recibió el imprevisto golpe. En medio de su apacible felicidad, frágil refugio, se creía a salvo. La muerte le encontró indefenso, como un astrónomo que mira al cielo olvidado de las cosas de la tierra, como un caballero que baila en el baile, como un «scout» que ejecuta un acto meritorio. La muerte venía escondida en la música.

Leopoldo miró a Carmen. La tomó de una mano pidién-

dols así que le protegiera. Soltó la mano inmediatamente. No, no quería protección. No la buscaba ni la pedía. Quería morir solo, lejos de las compasivas miradas.

Carmen no supo interpretar su gesto. Clavó la mirada en el semblante de Leopoldo, inquiriendo una explicación. El joven no pudo dársela. De sobra sabía él que Carmen no le entendería nunca.

—Tengo que irme, murmuró, tengo que irme, me aburre el concierto.

Carmen volvió el rostro, afligida y decepcionada. Perdía a Leopoldo. Ella comprendía esto instintivamente. Sólo las razones se le escapaban. ¿A qué atribuiría la deserción del joven?

—A mi falta de interés. Debo irme, decía Leopoldo.

La chica no insistió más. Veía a Leopoldo aprontarse a partir, agitar la mano diciendo adiós. Nadie le restituiría jamás a la tierra.

Sus compañeros de billar le perdieron del mismo modo. No se le recuperaría otra vez.

—Adiós, dijo Carmen. Concentró su atención en la orquesta. Gracias a un poderoso esfuerzo de su voluntad, no re-tuvo a Leopoldo con una suplicante mirada o con un contacto de codos. Se mantuvo inmóvil, contrayendo su rostro hasta el punto de hacerlo traducir un sufrimiento sólo por el placer de borrarlo.

Sintió un imperceptible crujido en la butaca vecina. Leopoldo se levantaba para retirarse. Vió que la sombra se ampliaba hasta un límite indecible y que el vacío la apretaba con su presencia invisible.

Leopoldo atravesó la sala rápidamente, escoltado por los «schits» de los impacientes melómanos. Sus pisadas fueron el escándalo y la sensación de la temporada.

Llegó a la puerta y miró hacia atrás luchando por descubrir a Carmen entre tantos espectadores, entre tantas sombras, entre tanta música. No pudo conseguirlo. La joven se había di-

suelto en ellos. La perdió para siempre, la abandonó en el mismo lugar que la encontró, en la sala de conciertos, así como se despojó de Eliana en el casamiento, de Leonor en los viajes, de Olga en un camino y de Antonieta en su suicidio.

La perdió para siempre y esa razón le impulsaba a derramar abundantes lágrimas.

Era el único sacrificio de que podía vanagloriarse. Mientras escuchaba la orquesta pensaba en sus pobres amigas muertas, perdidas, dispersadas por su culpa. Consideraba el amor de Carmen. Sabía que tarde o temprano la chica debería morir por él, por darle sus días para que los viviera. Se lo agradecía.

—Se lo agradezco, Carmen, pero no debo aceptar su sacrificio. La amo por encima de esas pequeñas miserias. Prefiero separarme de usted, perderla a usted, a cambio de saber que es dichosa. Viva usted, no se sacrifique por mí. Este es mi sacrificio.

Leopoldo huía del sitio del crimen. Su víctima lloraba. El huía para salvarla. Y en vez de agradecersele, la víctima le llamaba, le abría los brazos, le mostraba en el corazón el sitio preciso para herirla con más seguridad.

Leopoldo no se volvió a ejecutar el crimen. ¡No le importaba que el tribunal se lo echase a la cuenta!

* * *

Solo otra vez. Ahora se echaba en busca de los recuerdos. Los buscaba maniáticamente. Recorría los cinemas, las calles de la ciudad, los caminos, buscándolos.

Sentía las pisadas de los perseguidores, sabía que los cazadores iban estrechando el círculo.

El se movía en un espacio limitado hasta el mézimum. Ya no tenía a nadie que retrasara la muerte. Se imponía, pues, desistir, dislocarse, tender el cuello hacia la guillotina.

Reconsideraba su vida. Nada, un vacío absoluto. Nada, un niño fatal. Buscaba un ademán que le perpetuara. No lo conseguía.

Era un estéril. El valía por él mismo, como un transatlántico que no deja a su muerte ni un hijo, ni una novela.

Era un transatlántico de lujo, admirado y conocido por todos. La muerte llegaba, el naufragio llegaba—¡ay, perdón!, se me olvidaba que los transatlánticos no naufragan y que mueren incendiados, únicamente—el incendio llegaba. Desaparecía de la superficie. Se borraba para siempre. La estela que lo acompañaba, desaparecía. Hasta la huella que la bicicleta dejaba en el camino, desaparecía. Nadie recordaría a Leopoldo.

Este se resignaba a tamaña fatalidad. Conservaba y reservaba su vida, porque sabía que detrás de ella estaba el olvido.

Corría, por la culebra pavimentada. Iba en busca de los recuerdos. Necesitaba a Alfredo, no comparando a un bálsamo el consuelo que le procuraba, sino a un narcótico.

Corría, El mutismo de la tarde invadía su corazón, porque ya sabéis que el mutismo de la tarde es contagioso, comparado su poder solamente al silencio que emana de un pocker jugado entre cinco almirantes.

Leopoldo iba reconcentrado, pues, en sus propias dudas y temores.

No había vuelto a la casa de Alfredo desde el trágico día de la muerte de Olga.

Corría por la senda de entonces. A medida que avanzaba, recuperaba los mismos tormentos que había abandonado en ese camino. Recordaba a Olga transformada en paloma por su muerte. La veía aparecer, desaparecer, reaparecer nuevamente.

Olga, la paloma, traía un ramo. Eso indicaba que el mar no era inconmensurable y eterno, como lo creía Leopoldo, sino que, por el contrario, había un límite para él, una costa, un paraíso, y de ese paraíso, de esa costa, de ese límite, la palo-

ma, como la otra paloma bíblica, traía un ramo de flores para convencer a Leopoldo que su muerte sería recompensada.

Leopoldo se alegraba infinitamente por ello. Sus padecimientos debían tener un fin. ¡Había sufrido tanto!

Un alivio necesitaba. Pronto lo encontró. El camino se dividió en suaves hondas y él, sin elegir, jugándose su porvenir en un golpe de audacia, dejándolo todo al azar, siguió por una de ellas. Apareció la casa de Alfredo.

Leopoldo se iluminó de alegría. Allí estaba el último refugio, la trinchera final.

Peró la desgracia ponía cerrojos en todas las puertas, dejaba encerrado a Leopoldo.

Los testigos disminuían. Leopoldo estaba solo. Leopoldo ascendía hasta el rango de sobreviviente de un planeta muerto.

Alfredo no estaba en casa. Viajaba, «no se sabía por donde». Así se lo explicaba una criada. Leopoldo no podía darse cuenta de esas cosas. Gritaba, argüía razones infantiles, para convencerse a sí mismo que no era verdad tamaño infortunio.

Tuvo que someterse a la realidad. Trepó a su bicicleta y se echó con ella en busca de la muerte. Como he dicho, la desgracia le expulsaba de todas las habitaciones y le encerraba en la última, de cara al público, en el escenario mismo de la farsa.

Al pasar por el sitio donde ocurrió el accidente a Olga, Leopoldo cerró los ojos para no ver su cuerpo botado en el pavimento. Un dolor enorme le conmovió. Por falta de espacio no hablaré de estas cosas.

La luna cree que la tierra es la luna. Leopoldo cree que su tío Leopoldo es Leopoldo.

Se pasea con él, se pasea solo, pero cree que su pariente le acompaña.

La ilusión ha dejado ya de ser ilusión para convertirse en realidad. Los recuerdos han dejado de ser recuerdos.

Leopoldo vive para el presente, para el hecho diario.

Se pasea con su tío, con él conversa del mar y con él discute los planes de la evasión.

El pariente habla del mar.

—El mar nuestro, dice, es un mar hecho para nuestro propio uso. El mar no se preocupa del verano, ni del otoño, ni del invierno, ni de la primavera. Yo conozco el interior del mar. Puedo referirte, una por una, sus maravillas. Puedo hablarte de la colonia de transatlánticos naufragados, de las flores rojas que crecen en el jardín de la casa de la sirena, puedo decirte que las riberas del océano le hacen bailar cuando ondean como una orilla de vestido...

Leopoldo le escuchaba transfigurado. Su rostro mismo era ya el océano. Su pariente se miraba en ese mar de semblante a semblante.

Pero olvidémonos por un instante de la conversación del mar y sus alumnos. Olvidémonos que Leopoldo es feliz con este ensueño, para pensar únicamente en sus desdichas.

Miremos su rostro de desdichado, sus pies fatigados, sus manos intranquilas.

Leopoldo acompasa su marcha con la de una sombra. Tiene miedo de perder ese contacto con la tierra. De muy frágiles hilos se fía. Una noche cualquiera, un fulgor de mediodía, puede hacerla desaparecer.

El tío se esconde ya. Leopoldo le busca por las calles. ¿Dónde encontrarle? ¿Dónde encontrar siquiera su rastro? El mar no perpetúa sus estelas ni la huella de sus pasos.

El mar no conserva recuerdos, ya lo sabéis.

El tío Leopoldo desaparece tragado por el océano. Allí será preciso ir a buscarle.

Leopoldo debe ir a un océano verdadero que tiene un sol verdadero, y no a un billar con una bola de marfil rojo. En ese mar, las gaviotas ya no son palomas, son gaviotas.

Leopoldo se desconsuela. No sabe el itinerario para su via-

je y el mar es muy vasto. ¿En qué lugar, pues, se realizará el encuentro? Leopoldo sale a buscar a una persona que partió años antes. ¿Cómo podrá tropezar con ella? ¿Cómo reconocerá a un niño en un hombre y cómo identificará una sombra entre tantas?

Leopoldo se echará en alas de la aventura. La casualidad es un firme sostén. El océano es su recinto. La muerte su tesis.

Los ensueños de Leopoldo son idénticos a los ensueños de su tío Leopoldo, son idénticos a los ensueños de todos los niños, de los que existieron tres mil años antes y de los que existirán tres mil años después.

El ensueño prolonga su estirpe.

Leopoldo hace suyos los ensueños de los muchachos griegos. El mar constituye el árbol genealógico de esta familia de soñadores.

¡Cómo le encanta buscar en él los nombres de sus antepasados! El océano los conserva con más fijeza que una lápida. El océano sabe honrar a sus amadores.

Leopoldo no defraudará las esperanzas de sus antepasados. No desertará. Se echará al mar para perpetuar la tradición. Se irá a la busca de lo que no existe.

Y no se crea que ésta es una empresa estéril. El juego del niño es su trabajo. El juego del hombre es el juego. En eso estriba toda la diferencia.

Leopoldo cumplirá la tarea señalada. Leopoldo sembrará en el mar y obtendrá los mejores veleros como recompensa.

Ha puesto toda su fe de niño en la labor y cosechará tempestades para sus veleros.

Los padres acercaron el objetivo a sus ojos. Creyeron que de este modo la afición de su hijo se amenguaría. El encuentro con el mar no hizo sino aumentarla.

Durante el veraneo llevaron a Leopoldo a la costa.

El paseo fué para el muchachito el ensayo general de la fuga. Corrigió hasta el último defecto, aceitó los goznes de todas las puertas.

Era el mar por fin. Estaban la víctima y el victimario frente a frente. El victimario la cuidaba. Le doraba la piel con su yodo, hacía resistente su pecho, sus manos grandes.

Las olas echaban a perder la calma de la superficie, como los papeles que se dispersan echan a perder el orden del escritorio.

La manzana de Newton caía al mar. Leopoldo había encontrado el más precioso de los vértigos. Todas las mañanas, muy de mañana, se iba a una caleta vecina distante apenas unos cuantos kilómetros del puerto.

Ahí convivía con los pescadores, observaba sus costumbres, era ya un pescador.

Ellos no amañeraban ninguna experiencia. Procedían de acuerdo con sus propios instintos. Se iban por las noches a la pesca y no volvían sino con el alba. Hacían esto sencillamente, sin atribuirle ningún valor especial.

Leopoldo estaba maravillado. Pronto tuvo sus buenos amigos entre esa gente. Ahí conoció a Ricardo.

Ricardo, o Ricardito influenció totalmente su vida. Era éste un chico moreno, robusto, hermoso. Era un ser libre de todo lazo humano, sin familia y sin recuerdos, un ser que deambulaba, como una ola por la tierra, filtrándose en todas partes, desordenándolo todo.

El fué el que puso en relación a Leopoldo con el mar. Sabía, como ninguna otra persona, hallar los parajes más encantadores, los «rincones» más atrayentes del océano, los más opulentos paisajes.

Pronto una amistad pasional y rápida unió a ambos.

Leopoldo salía con su nuevo amigo en demanda de un grupo de rocas que se erigían cerca del caserío.

Se trepaban a ese monumento, se desnudaban a toda velocidad, y desde esa altura se arrojaban al agua.

¡Qué instantes más devoradores, qué espectáculo más inapreciable!

Leopoldo veía el mar bajo sus pies. Cerraba los ojos, vacilaba. El mar le atraía. El corazón le golpeaba con ritmo loco. La muerte entonces le llamaba y él, obedeciendo al llamamiento, se lanzaba abajo.

El descenso duraba contados segundos. Sin embargo, Leopoldo, durante todo el trayecto, se inventaba una vida con nacimiento y muerte. A este vértigo aludía recién.

Caía al mar. Los papeles se dispersaban en el interior del orden. Después volvían a recobrar su apacible conjunto.

Leopoldo nadaba. Se olvidaba del mundo. Arriba, muy arriba, en las rocas, en su monumento, veía un punto blanco por la luz del sol. Un punto. nada más. Una gotita de océano que circulaba por la estatua de las rocas, como el alma que se saliese de ella, y caía al mar para fundirse con las demás gotas.

Leopoldo veía caer a Ricardo. Durante el trayecto, sin inventarle vidas, el sol le aprovechaba y vestía al indefenso con su cegadora luz.

Ricardo caía para cumplir el castigo que señalaba la profecía.

Y al caer Ricardo, dorado como viene gracias al traje que le pone el sol, parece en el aire un caballo de bronce, un centauro más bien, despeñado por seguir a su compañero,

Nadan juntos. Leopoldo se siente protegido. Agradece a Ricardo su vigilancia.

Nadan lejos ya de la costa. En alta mar. Ricardo gira en torno de Leopoldo, en círculos cada vez más cerrados, examinándole, velando por él.

Leopoldo sueña. El agua del océano es la sangre de su pariente. Esta sangre le arrastra, no puede librarse de su opresión.

Ricardo no entiende estas cosas. Toma a Leopoldo entre

sus brazos, en un abrazo profundo, y se lo lleva así en demanda de la costa.

Llegan a ella. Indolentemente, olvidado de todo, Leopoldo se tiende en la arena a descansar. Observa a Ricardo. El cuerpo del muchacho humea. El sol borra la huella de todo refresco.

La soledad lame el corazón de Leopoldo. Ricardo mira su semblante, su palidez que, el esfuerzo de su trabajo contra las olas y contra el ensueño, ha aumentado hasta la muerte.

Leopoldo se recupera, se levanta. Hace una violenta flexión para disipar toda la laxitud de sus miembros, toda la noche de sus ojos. Echa a caminar. Su amigo le sigue. Van en silencio. Sin embargo, ninguno de los dos piensa. Miran solamente. Miran el mar, el horizonte, el otro mar que se encuentra después del horizonte.

Hasta el horizonte nadó Leopoldo. Desde allí entrevió el océano donde moraba su pariente.

Trepan a las rocas. Se tienden ahí a continuar mirando, como desde un observatorio.

Ricardo, para complacer a su amigo, refiere algunos pasajes de su vida. Tiene ya una larga historia a pesar de sus pocos años. Habla con naturalidad. Leopoldo se divierte escuchándole.

—Yo, dice Ricardo, he desempeñado diversos oficios. Todos me evocan ahora un mundo de recuerdos. Sin embargo, la más grata impresión la conservo de mi empleo de «secretario».

Leopoldo alza la vista y mira con sorpresa a su amigo.

—¿Secretario tú, le dice, cuándo has sido? ¿En qué circunstancias?

Ricardo se ríe.

—Verás, explica. De esto no hace mucho. Una tarde yo dormía mi ocio en la plaza. Un hombre alto, vestido de negro, que apareció Dios sabe de dónde, me interpeló afablemente.

—¡Hola, chico!—me saludó.—¿Qué haces?

Yo no respondí una palabra.

—Supongo que no serás mudo, continuó, mientras se sonreía extrañamente.

—No, repliqué, no soy mudo. ¿Qué se le ofrece?

El explicó en breves palabras el motivo de su interrogatorio.

—Busco un chico como tú. ¿Quieres ser mi «secretario»?

—Me sorprendió extraordinariamente la proposición. Yo no sabía lo que era eso. Pedí que me lo dijese.

—Vendo productos de una fábrica de perfumes en las ferias, respondió. Para atraer a los transeúntes intercalo la venta con pruebas malabares y de hipnotismo. Tú serías mi ayudante. El trabajo es fácil y entretenido. ¿Aceptas?

—Acepté. Fuí el secretario de don Simón. El me hipnotizaba y yo adivinaba los objetos que los curiosos tenían en sus bolsillos. Te juro que adivinaba. Yo me sentía transportado a las nubes por las miradas de ese hombre.

Ricardo terminó su relato haciendo un guiño de pillete. Leopoldo le escuchaba atentamente. Ahora comprendía a Ricardo.

Sabía la razón que le impulsó a elegirle por compañero. Ricardo procedía en la vida como un iluminado, como un sonámbulo. Estaba intoxicado por los ensueños.

En esa región de los instintos puros, adivinaba los pensamientos de Leopoldo, como en otros tiempos hacía tangible el interior de las carteras.

Leopoldo estaba entregado a sus manos por sus secretos. El niño comprendía sus más ocultas intenciones.

Su paseo era el paseo de dos sonámbulos. Ambos estaban hipnotizados por un mismo efluvio y hechizados por una misma quimera. Ricardo incorporaba el sueño a la vida de su camarada. Este se lo agradecía. Le agradecía el itinerario que le señalaba y sus consejos de experimentado soñador.

Sin más rodeos, se atrevió a imponerle de todas sus pre-

ocupaciones. Le habló del influjo del mar, de sus amigas dispersadas, de su pariente desaparecido.

Ricardo le comprendía. El chico hacía posibles sus aspiraciones.

—Es muy sencillo realizar esas cosas. Se trata, antes que nada, de echar por la borda todos los sentimentalismos y de no ponerse a llorar, como una mujerzuela, pensando en la aflicción de la familia. Se trata, además, de no devanarse los sesos buscando la solución de acciones imposibles. Si estás dispuesto a seguir mis consejos, yo te diré lo que debes hacer.

Eso quería Leopoldo. Rogó a su amigo que le explicase la forma.

—No digas después que yo te corrompí, se adelantó a exclamar Ricardo. Todo esto lo hago por tu bien y por tus insistencias.

Leopoldo le pidió que hablase más rápido de lo que le interesaba. Estaba impaciente. La calma le descomponía.

—Yo soy amigo de muchos marineros de un barco mercante que hace el tráfico entre este puerto y Guayaquil. Me han prometido llevarme a bordo desde el próximo viaje. Es muy sencillo conseguirse otra plaza de grumete para ti. Di, ¿te conviene?

Leopoldo aceptó agradecido. Estaba ya pisando la aventura.

—Mis intenciones, explicaba Ricardo, son desertar en Guayaquil y enrolarme a otro barco. Así, de barco en barco, de deserción en deserción, conoceré el mundo.

Se puso de pie. Irguió sus brazos cuán largos eran. Su pecho desnudo, bronceado por el sol, se extendía y se llenaba de aire marino, que su nariz aspiraba con delicia.

Leopoldo se sentía protegido por ese niño audaz y cruel que le ponía todos los océanos al alcance de su mano.

—Gracias, querido amigo, dice. Te doy infinitas gracias.

—No me lo agradezcas, responde Ricardo. En último término, yo no seré el capitán.

La experiencia de la mañana toca a su fin. Se visten en silencio y rápidamente, como conviene a estos marineros.

Bajan de las rocas y echan a caminar por la orilla del océano. Unas gaviotas, ya no palomas de la calma hogareña, vuelan dulcemente. Leopoldo se llena de gratitud y de resolución por estas cosas.

Su padres mismos le pusieron frente a la bestia que le llevaría en su lomo. Le pusieron frente al niño que la cabalgaba, frente al que se identificaba con ella, haciendo de Ricardo el centauro que le transportaría.

Leopoldo deja a Ricardo en el caserío y sigue su marcha hasta el puerto. Camina apresuradamente. Sus pensamientos concuerdan con su velocidad. Llegó pronto, demasiado pronto tal vez, al puerto. Tan abstraído iba que sólo vino a darse cuenta que había llegado, cuando la ciudad le despertó con su ajetreo de costumbre.

Los restantes días los vivió al lado de Ricardo. Este se informaba de todo lo que les convenía. Se sabía ya la fecha del regreso del barco.

Leopoldo suspiraba de impaciencia. Caían los días. El joven veía acercarse el fin del veraneo. Rogó a sus padres que lo prolongaran hasta lo indecible. Ellos accedieron. El barco no venía. Había, pues, que partir.

La mañana anterior a su marcha, Leopoldo se comprometió con Ricardo, bajo terrible juramento, a volver al puerto cuando llegara la nave. Ricardo se lo escribiría.

Se separaron entre lágrimas. Pero existía por medio el sello de un secreto que los hermanaba. Un tatuaje idéntico. La cerveza bebida en el mismo jarro. El sueño soñado por dos personas. Y otros mil secretos así.

Quiero señalarles cual fué el suceso que contribuyó, más que ningún otro, a precipitar los acontecimientos. Es un detalle insignificante en sí, pero que tuvo el poder bastante para torcer un destino y desquiciar una vida.

A pocos días de su vuelta del mar, Leopoldo recibió una carta. El sobre recargado de sellos y de direcciones, ostentando una lujosa caligrafía, encerraba unos recuerdos de Leonor. Era fácil de reconocer a esta hábil pendolista.

Leopoldo no tuvo, por lo tanto, necesidad de leer la carta. Ciertamente es que en el primer instante quiso hacerlo, pero después consideró cuán estéril era su actitud.

Era preciso evitarse los quebrantos, huir hasta donde se pudiera del embrujo de la vida cómoda. Había que impedir los sufrimientos que se agregan a los propios sufrimientos, las vidas extrañas que se inmiscuyen en la de uno.

La carta traía el aire del viaje, la incitación a un viaje realizado con seguridad, venía a estabilizar los recuerdos de las amigas íntimas.

Leopoldo debía luchar contra los recuerdos.

Era preciso ampararse detrás de la indiferencia. Proceder astutamente. Disfrazar sus sentimientos. ¡Que sus ojos fueran el antifaz de sus ojos, que sus manos fueran los guantes de sus manos!

Tomó la carta con precaución, para no pincharse con las agujas invisibles, cargadas de veneno, que los hindúes ponen en los tesoros sagrados. Por esa vez, Leopoldo quedó incólume. Podía raciocinar, proceder deliberadamente.

Rompió la carta en mil pedazos. Sólo cuando la carta estuvo destrozada una angustia inmensa se apoderó de él. Había despedazado su infancia.

Guiado por la desesperación se dió a una tarea insensata. Extendió sobre una mesa todas las partes del papel y las fué ordenando pacientemente. Cuando hubo terminado su trabajo

descubrió con desaliento que no entendía una palabra. Leonor había escrito la carta en alemán y en caracteres góticos.

El papel era una mancha azul. El corazón de Leopoldo latió con violencia. Era un plano. Disputado desde antiguo, rodando desde los galeones, destrozado en las riñas de los piratas, ennegrecido por sus miradas, empurpurado por las manchas de sangre que delataban a sus homicidas poseedores, Leonor se lo enviaba como un último servicio, como el mayor de todos sus favores, para indicarle la ubicación precisa de la isla de la litografía, para señalarle el sitio ideal, la tumba hermosa, donde se reunirían los amigos y las amigas.

Leopoldo agradeció vivamente el envío. Se subió a su cama y de pie en ella estuvo balanceándose un largo tiempo. Su galeón ya se deslizaba por el océano en busca de la isla. Este narciso fanfarrón oscilaba entre sonrisas, cautivaba con ellas a los piratas, introducía el valor en el ánimo de sus compañeros, como es fama que con sus cantos lo comunicaba Orfeo a los navegantes que iban con él a la busca del vellocino.

No se hable de la incomodidad que procura la muerte. Arguyen algunos que ella nos mantiene en una sola posición y que esto al fin cansa. Pero yo replico que las estatuas son lindas precisamente por eso: por su quietud aristocrática conseguida gracias a la perpetuidad de un mismo gesto.

Leopoldo compartía mi opinión. A él la muerte le convertiría en una parte de monumento y eso constituía todas sus aspiraciones.

Pensaba en Ricardo. De sobra sabía Leopoldo que el muchachito no aspiraba a la gloria, ni siquiera a formar parte de la gloria. Para él, la razón que le impulsaba al viaje era idéntica a la necesidad que sentía de deambular por el caserío, caminar por el solo placer de caminar, sin atribuirle ninguna intención manifiesta, caminar como los caminos sin saber donde llegarán por último.

Y por eso era por lo que Ricardo se había aficionado a Leopoldo, de la misma manera que el viento se aficiona al gallito del tejado, porque sabe que éste le indicará su rumbo.

¿Me creeréis? El destino se complacía en llevar las cosas hasta lo último, en realizar el drama a la perfección.

Leopoldo no podía controlar unos actos que ya no le pertenecían, ni dictar órdenes que no serían obedecidas por nadie.

No se fatigaba inútilmente, ahorraba sus fuerzas, cambiaba el insomnio por la vigilia.

Adquiría gestos feroces, maneras provocativas. Era un lobo que peleaba contra los hombres. No le interesaba que sus actos fueran malos o buenos. No le importaba la suerte que pudiera correr Carmen, la última de sus amigas, a la que en un tiempo atrás le sacrificaba su amor. ¡Que muriera Carmen por él! Este egoísta pedía su parte de aguas, quería apresurar los acontecimientos. ¿Me creeréis? Las acciones insensatas son las que encierran las intenciones más definidas. Leopoldo fué a ver a Carmen.

No se piense que fué a su lado para protegerse ahí, para ampararse, guiado por la luz de ese faro. Muy bien sabía Leopoldo que las mariposas nocturnas naufragan en las lámparas y que la lámpara de Carmen era una lámpara que emitía sombras.

Fué a buscarla precisamente por esa razón. Fué esperanzado, sin embargo, como si de Carmen proviniera la vida o la muerte. Fué a verla.

—¡Hola, Carmen!, la saludó risueñamente.

La jovencita estaba enfurruñada.

—¿No te alegras de verme?, añadió Leopoldo.

—No, dijo la chica, no me alegro nada. Tres meses sin vernos no basta para justificar una alegría.

—Yo sí que me alegro, declaró el joven. Yo estoy feliz de recuperarte.

Carmen le miró sorprendida.

—¿Recuperarme?, dijo. ¿Estás loco?

—Recuperarte, porque nos hemos perdido de vista, entiéndelo bien, respondió Leopoldo, tranquilamente.

¿Tranquilamente? ¿Cómo podía tener serenidad frente al espectáculo de una joven que agonizaba y se debatía defendiéndose contra el asesino?

Leopoldo se sonrió. No le preocupaba el bien ni el mal. Era un lobo. Todo el mundo era su enemigo. Sonrió, calmado de esta manera su duro corazón.

—He pensado mucho en ti, Carmen, dijo lentamente. He procedido incorrectamente contigo. Te ruego que me perdones.

—¿Perdonarte? No tengo qué perdonarte.

—Sí, tienes algo que perdonarme.

—¿Qué puede ser?, preguntó Carmen, irónicamente.

Leopoldo se sentía molesto.

—Perdonarme mi escapada del concierto, enumeró de malas ganas, mi silencio después.

La chica le concedió una sonrisa.

—¡Oh, Leopoldo!, no hablemos de esas cosas. Yo las tengo olvidadas. Tú eres un chico mal educado y eso es todo. No debes excusarte.

Se sonrieron confiadamente esta vez. Pero la sonrisa que en boca de Carmen significaba reanudación de un suceso, en la boca de Leopoldo era de despedida.

—Adiós, dijo. Vine a comunicarte que parto.

Carmen se sobresaltó. Perdía a Leopoldo para siempre.

—¿Dónde te marchas?, murmuró sordamente. ¿Por qué te vas otra vez?

—¡Oh!, exclamó Leopoldo, muy lejos, muy lejos. No consigo el lugar porque ni yo lo sé. Me voy porque debo obedecer a Ricardo. El sí que entiende de estas cosas.

—¿Quién es Ricardo?, preguntó la joven.

Inquirió esto sin comprender su alcance, como pudo preguntar que quién era Juan Fernández, sin comprender que ella nunca podría saberlo, porque Juan Fernández es una isla y Ricardo, el producto de un ensueño.

Sin embargo, Leopoldo trató de describírselo, ciñendo su imagen a los contornos del cuerpo humano.

—Es un niño que me encontré en el puerto, la informé. Con él me embarcaré de grumete. Iremos hasta Guayaquil.

Carmen trató de disuadirle de sus proyectos.

—No pienses en esas locuras, Leopoldo. Los viajes realizados por la puerta falsa terminal mal.

Leopoldo la escuchaba y la hallaba ridícula.

—No te pido consejos, dijo. Sólo te expongo lo que pienso hacer.

Carmen argüía que esa clase de viajes termina mal. ¡Cómo si no lo supiera Leopoldo! ¡Cómo si la muerte no se lo hubiera predicho de antemano!

Después de todo no se trataba de un crucero de placer para ir a perfeccionar idiomas como Leonor.

Leopoldo se engallaba.

—Moriré, afirmaba. Moriré ¿y eso, qué le importará a nadie? Estoy hasta la cabeza de vuestras aprensiones. Me atosigan con buenas recomendaciones y con medicinas, no para librarme de la muerte, sino para enterrarme en la vida. Y eso no lo soporto, no lo soporto. Lucharé hasta el final.

Carmen echaba mano de todos sus recursos para hacer imposible los ensueños, para despertar a este dormido.

—¿Quiere embarcarse usted?, decía recalcando las palabras—¿quiere seguir la vocación marina, como los chicos de las poesías? Yo se lo impediré.

Leopoldo la cercaba:

—¿Cómo me lo impedirá usted, señorita?

—De una manera muy fácil, caballero. Comunicaré sus intenciones a su familia. Ya veremos si ella aprueba su proyec-

to. Ya veremos si después persisten sus aficiones. Ya lo veremos, pues.

La conversación se deslizaba en un tono festivo. Sin embargo, bien comprendían ambos interlocutores que, a pesar de su buen funcionamiento, la máquina aflojaba sus tornillos,ambulaba locamente, sin llevarlos a ninguna parte y que por fin estallaría, ya que la presión era irresistible.

—Carmen mía, le dijo aproximándose a ella y tomándole sus manos, Carmen mía, te suplico que guardes silencio sobre estas cosas. El motivo que me impulsó a revelártelas fué llevarte conmigo en el viaje, huir juntos, compartir nuestras vidas hasta el final. No puede suceder así. Yo mismo comprendo que son ridículas estas pretensiones. Te dejo en paz, pero prométeme dejarme en paz a mí también y no revelarle a nadie, absolutamente a nadie, lo que proyecto.

—Te doy mi palabra, respondió la chica, porque confío que nada de eso sucederá.

Estaba conmovida, ridículamente conmovida; así lo estimaba Leopoldo.

—Está conmovida, se decía, está conmovida por mí.

Ya no le importaba causar más daño. Carmen era el punto de partida, el arco que le disparaba lejos.

Comprendía que fué un acto ridículo ir a visitarla. Pero ¿cómo podría oponerse al destino?

¿Me creeréis? Leopoldo se excusaba con el destino. Le atribuía un talento, un corazón sensible, unas manos que le guiarían.

Leopoldo se dejaba guiar. Seguía el ritmo de ese viento tempestuoso, sediento del agua salobre del océano.

Carmen no tenía boca para llamarle, ojos para mirarle, manos para hacerle suya. Estaba perdida. Sola. Dispersada de todos sus amigos en el firmamento. Disgregada de ese corazón que constituían.

Se creía sola, flotando por el mar, también. Y nose daba

cuenta que, a escasa distancia de ella, derivaban, como islas soltadas de sus anclas, sus compañeros. No los veía. Se creía solitaria, como una isla. Y no sabía, la infortunada joven, que formaba parte de un archipiélago.

Ultima noche. La noche por excelencia. Los últimos sueños en el hogar.

Mañana, el viaje. El barco ha llegado. Debe partir. Ricardo le espera.

Preocupado por los mil quehaceres no tiene tiempo para demostrar su emoción. Las imágenes se atropellan en su cerebro. Ve a Alfredo que le da sus últimas recomendaciones,

—Parto a las cuatro de la mañana, dice Alfredo. No te olvides.

—No me olvidaré, responde Leopoldo. Dormiré en su mismo cuarto para no olvidarme.

Alfredo se despide entonces:

—Adiós, adiós.

Desaparece.

Leopoldo entra en puntillas al dormitorio de su tío. Cierra la puerta. Está solo. Inspecciona la habitación. Todo está igual. Las fotografías de las actrices tienen un aire de familia con Antonieta. El joven recuerda a sus amigas. Un rayo de luna cruza la habitación de parte a parte. El pálido fulgor ilumina el rostro de Antonieta. Es la única de todas que cumplirá su deber hasta el final. Es la que velará la muerte de Leopoldo. No. Ahora llegan las otras, también reclamando su parte de desvelos. Leopoldo vuelve a ser el narciso. Está complacido. Una sonrisa de fanfarrón dominio aparece en el rostro. Se sienta en un sillón. Reposo. Echa la cabeza hacia atrás. Se adormila. Los adioses de sus amigas le encantan. Se adormece oyéndolos.

—Adiós, adiós, dicen ellas.

Ellas bailan en la habitación con suaves movimientos de bailarinas. Hacen amable su última noche. Sus semblantes no

imponen a Leopoldo ni la sombra de una tristeza. El agradece esta despreocupación.

Eso deseaba el joven: que nadie se interesara por su vida, que le dejaran seguir libremente su curso, que no le atormentaran con lamentos.

Las amigas comprenden esas cosas. Se sientan en los cofres, arriba del escritorio, en los escabeles, y transforman esta noche de espera en noche de tertulia.

Conversan familiarmente.

Se han convocado ahí para distraer a Leopoldo, para hacerle olvidar sus quebrantos.

Antonieta canta como acunándole. Su canción es un silencio expresado en voz alta.

Leonor habla en alemán. El no se esfuerza en comprender. Se dispensa de todo trabajo. Es un convaleciente.

Olga permanece callada. Es la única de todas sus amigas que no habla. Se limita a observar tiernamente a Leopoldo, como para saciarse de su presencia.

Elisiana le refiere minuciosos detalles de su matrimonio. Habla con tranquilidad, doméesticamente.

Carmen reclama silencio a las demás. Les dice que Leopoldo está dormido.

El muchacho protesta:

—No, no estoy dormido. Háblenme ustedes, cántenme ustedes, quiero escucharlas.

Las jóvenes obedecen; las voces suben de tono.

Un nuevo personaje se incorpora a la reunión. Es Alfredo. Se le recibe alegremente.

Alfredo se acerca a Leopoldo y le habla a toda velocidad. El joven no comprende una palabra. Alfredo le propone unos asuntos oscuros de decir, enigmáticos de declarar. Leopoldo no quiere darse la molestia de responder. Dice que no con la cabeza.

Se abre otra vez la puerta y entran dos seres a la estan-

cia. Es su tío Leopoldo. ¡Qué alegría! Es Ricardo. ¡Qué felicidad!

Leopoldo quiere incorporarse del sillón donde reposa y correr a su encuentro. No puede. Sus miembros están inmovilizados.

El tío Leopoldo se aproxima a él. Llega. Le circunda con sus brazos. Le levanta y se lo lleva a su propio lecho. Ahí le reclina maternalmente, le cobija, le dice que duerma.

Leopoldo abedece, agradecido. ¡Qué alegría!

En sueño escucha a Ricardo que le da sus últimas recomendaciones. Le dice que duerma en paz para estar en disposición de partir a la mañana siguiente. Leopoldo promete cumplir al pie de la letra estos consejos. ¡Qué felicidad!

Se duerme. El rayo de la luna besa su semblante. Ya no es espada mortífera que hiere, sino rayo benigno que besa.

Todos sus amados amigos se congregan alrededor del lecho. El mismo viento de tempestad que los dispersó, los trajo. Están unidos por el sueño de Leopoldo. Cuando él falte se disgregarán otra vez. Por esa razón, todos ellos están interesados que duerma bien su radiante sueño de niño.

Duerme Leopoldo.

La vida se ha detenido en esta cámara desde 1913. Duerme Leopoldo. ¿El tío o el sobrino? ¿Quién duerme al fin? No importa averiguarlo. Un niño duerme. El mismo niño, el héroe de los cuentos infantiles duerme.

Es el niño de hoy y el niño de mañana el que reposa al borde del viaje. Es Leopoldo.

—Adiós, Leopoldo, dicen sus amigos.

Salen en puntillas de la estancia. Van tristes y alegres, porque saben que se cumplirán los pronósticos.

Leopoldo entreabre los labios para modular unas palabras de despedida. No puede conseguirlo. Está durmiendo.

Sus compañeras salen al fin. Dejan al personaje solo en la escena. La farsa ha concluído. La vida ha terminado. Leopoldo

avanza hacia los espectadores para recitar el prólogo del nuevo drama que comienza. Porque los dramas que tienen relación con la infancia no empiezan ni terminan nunca.

Dos palabras todavía. Dos palabras más y termino.

Estamos en la aurora convenida por Leopoldo para partir. Es una aurora cualquiera, de un día cualquiera, de un mes cualquiera. No hablo de los años ni de los siglos porque, sería demasiada presunción. Sería atribuirle una vida a Leopoldo, rendirle culto a un ídolo vuelto hombre, gracias a los balones de oxígeno.

Es una aurora blanca, de luz débil. Un color conveniente para los ciegos que recobran la vista.

Leopoldo es su tío Leopoldo. Para ser más exacto el parecido, ha dormido la noche anterior en su mismo cuarto.

Es la aurora. La luz despierta al niño. En el primer instante, Leopoldo no comprende una palabra de lo que dice esa orden secreta que emana del sueño y que susurra el dormitorio por boca de las fascinantes actrices de 1913; no comprende una mirada de esas cosas, no comprende un ademán.

Después sí que los interpreta. Los barcos a vela de las fotografías se lo han revelado.

Leopoldo obedece las órdenes, cumple los mandatos de su pariente. Salta del lecho, se viste, hace flexiones para desentumecer sus miembros, porque así se lo exige el otro.

Todos sus movimientos son automáticos. Sus pensamientos mismos se ajustan a los emanados del cerebro del prófugo.

—Voy a huir, murmura, voy a partir, voy a morir. La suerte está echada.

Sonríe.

Está de pie en mitad del cuarto frente al espejo. El piso es de la cubierta de un barco. Oscila. Gira en torno a Leopoldo que está al centro. Pronto la velocidad hace redondearse al

cuarto mismo, como un disco de gramófono cuya música fuera el canto de los pájaros.

Leopoldo se sobresalta al oírlos cantar.

—¡Dios mío!, dice, van a sorprenderme.

Procede como un ladrón al que el crujido de un mueble paralogiza en una alcoba. No sabe cuán habituados se hallan los moradores a esos sonidos, al crujido de un mueble, al canto de los pájaros.

Leopoldo se recupera. No es un ladrón que se va a robar a sí mismo, es Leopoldo que va a restituir a sus padres otra ausencia.

Es Leopoldo el que ahora sale a la calle, tranquilamente, y el que camina por ella pensando en sus amigas que no supieron aguardarle.

Olga, Antonieta, Leonor, Eliana, Carmen, ¡qué lejanas quedan! ¡Qué lejano queda Alfredo!

—Adiós, adiós, dicen sus labios.

Se vuelve hacia atrás, hacia su hogar. Allí quedan unos padres, una familia.

—Adiós, adiós.

Hace un ademán, un gesto elegante de actor; sonrío. Piensa en Ricardo.

Su sonrisa le empuja adelante. No se crea que es un disfraz para no evidenciar unas lágrimas. Su sonrisa oculta sonrisas.

Huía con los ojos vendados para que nadie sintiera el paso de sus ojos; huía con las manos enguantadas para que nadie sintiera el paso de sus adioses.

Huía Leopoldo.

Volaba otra vez. Iba donde la estatua de gloria tranquila, de ojos cerrados. Iba donde el narciso.

De trecho en trecho, cantaba o silbaba. Sobresalía su canto por encima del viento que prosperaba olvidos. Iba seguro de su marcha, convencido de su itinerario.

Un coro de hermosas jóvenes le acompañaba. Ellas sonreían ciertas que su sacrificio no resultaba estéril. Demarcados por el delirio, sus corazones añadían la vida que sobraba. La añadían a los latidos del corazón de Leopoldo para hacerlo latir un poco más.

El corazón de Leopoldo hacía vivir la maquinaria. Regulaba sus pasos, sus pensamientos, sus adioses.

Los muertos quedaban atrás. La familia misma quedaba atrás. Una vez más se dió vuelta hacia ellos y volvió a despedirse:

—Adiós. adiós.

Cerró los ojos. Se sintió volar merced a sus alas de paloma. Vuela Leopoldo.

Detrás de su libertad la ciudad cierra la mano.

Santiago de Chile, 24 de septiembre de 1935.